

canxas

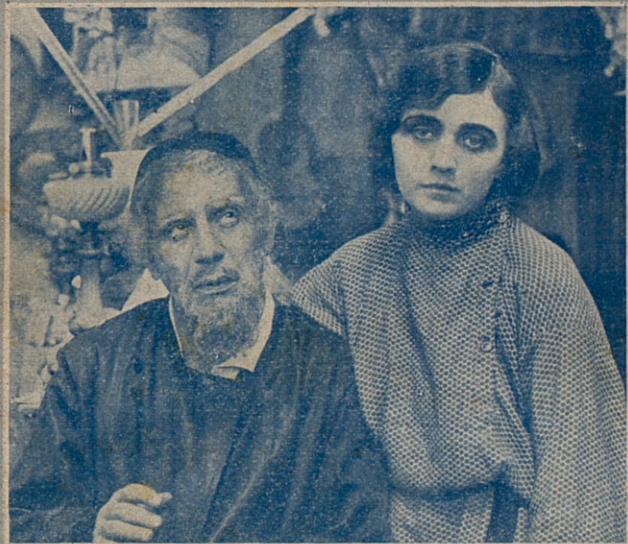
colección BIBLIOTECA

FILMS (

NC_102_901

LA CARTILLA INFAMANTE

NOVELA DE AMOR, HAMBRE
Y VICIO EN EL INFIERNO
DE LA RUSIA ROJA



POLA NEGRI

25 cénts.

La Novela de la Emoción

Editada por
BIBLIOTECA FILMS

La Cartilla Infamante

REVISADO POR LA CENSURA PREVIA

Novela de amor, hambre y vicio
en el infierno de la Rusia roja

Creación de la eximia e imponente trágica
Pola Negri y del célebre artista Harry Liedtke

Exclusiva: **LOS FILMS PLUS ULTRA**

Representante **D. Julián Amich**

Rambla de Cataluña, 66, pral. Letra C. - Barcelona

INTRODUCCIÓN

Sobre la catastrófica tragedia de Rusia se alza una sombra de odio y de sangre que ha hecho estremecerse con estertores de muerte a todos los pueblos de la tierra.

La revolución que puso fin a la dinastía de los Romanof con la tragedia de Ekaterinenburg, sigue mandando en el vasto imperio

ruso, cuyo pueblo ha pasado de la tiranía de los zares y de la grandeza, al yugo de los que desgobiernan desde el Kremlin, desde la dictadura del absolutismo de los zares, jefes políticos y religiosos de sus pueblos, a la dictadura mucho más denigrante de la chusma soviética. Los campesinos han dejado de ser siervos de los magnates rusos propietarios de provincias enteras en la estepa y en el Volga para pasar a ser esclavos de los comités de obreros y soldados.

No obstante, en las provincias lejanas, donde las vías de comunicación son difíciles y el país rico, viven tranquilamente, ejerciendo sus industrias, sin saber apenas de la revolución lo que dicen los periódicos oficiales, que llegan de tiempo en tiempo, y las disposiciones tolerables del soviet local.

Tal sucede en Mieshin, pueblecito de la Pequeña Rusia, en cuyo barrio judío vive, muriendo lentamente de incurable enfermedad, el ropavejero Ismael Storki, cuyo único consuelo es su hija Vera, que sólo dos anhelos tiene en su vida: cuidar a su anciano padre y una afición grandísima por el estudio, pues los libros son para ella los mejores compañeros de su soledad y los arcaños de los que quieren hallar el secreto de la vida y de la muerte.

Es Vera una joven de diez y nueve abriles, de una belleza oriental subyugante. Sus ojos negros vivifican su semblante y no lleva en su rostro ninguno de los rastros de su familia, pues su nariz perfecta contrasta con la de aguilucho de su padre.

Dos únicas personas tienen entrada en casa del ropavejero y prendero: Basilio Petrovich, maestro de Vera, un joven que por su prudencia y su probidad se hace respetar por las autoridades locales, y María, una anciana, parienta lejana del prendero judío, que vive en aquella casa desde que murió la mujer de aquél.

Por la prendería desfilan todas las miserias originadas por la guerra y por el riguroso régimen soviético. Estas miserias espolean a Vera y son el acicate que hacen que ella sienta aumentar su amor al estudio para así contribuir más a la regeneración de la humanidad. Aquellas miserias son reflejo de lo que ocurre en todo el país.

Un día es una pobre mujer que llega a la tienda con dos candelabros de metal blanco. Sale Vera a despacharla.

—Señorita—le dice la pobre mujer—, aquí traigo estos dos candelabros. Deme usted por ellos lo que crea me puede dar. Los he tenido durante dos años con sus correspondientes velas encendidas para pedir a Dios me concediese la gracia de ver de nuevo a mi hijo que marchó a la guerra; pero al no tener noticias de él es que habrá sido víctima de los cañones alemanes. ¡Pobre hijo mío!

—Le daré por ellos dos rublos, buena mujer.

—Bueno, gracias.

Otra vez es un pobre labriego a quien el soviet ha embargado un pequeño terreno con cuya propiedad se mantenía él y los suyos. Viene a vender las ropas domingueras para poder comer.

Vera, ante tan miseria, se le parte el corazón de pena y quisiera ser rica para ayudar a sus semejantes.

Así transcurre la vida monótona de aquella flor de invernadero entre el cuidado de su anciano padre, el estudio asiduo asesorada por su buen maestro, la lectura de libros científicos y el cuidado de la prendería.

I

Vera da la lección en casa de su maestro Basilio Petrovich. Sentada a una mesa modestísima compulsa la joven sus notas con las obras de sociología de los grandes maestros moscovitas. A su lado Basilio Petrovich ayuda a la joven en sus investigaciones.

—Maestro—le pregunta la discípula—, estas doctrinas de Tolstoi son divinamente falsas.

—Has empleado un adverbio que no podía ser más justo. Para una inteligencia poco cultivada, las doctrinas de Tolstoi parecen divinas; pero profundizándolas, analizándolas, desmenuzándolas, son de una falsedad que abruma. Las doctrinas de Tolstoi son como esas monedas de cobre chapadas de oro: su brillo deslumbra a los ignorantes; pero no a las personas que saben distinguir el oro del oropel. Teóricamente, Tolstoi es un vidente; prácticamente, un iluso. Claro que si haces comprender a un ignorante pobre que los bienes y riquezas de este mundo deben ser repartidos equitativamente entre todos los mortales, aprobará tu idea y si para lograr esta finalidad, le propones una revolución, aunque sea manchando sus manos en sangre humana, se sumará a tu doctrina: tendrás un revolucionario más. Esto, un ignorante. Ahora, si ese hombre es un ser consciente que no necesita, para ver claro, del pensamiento que

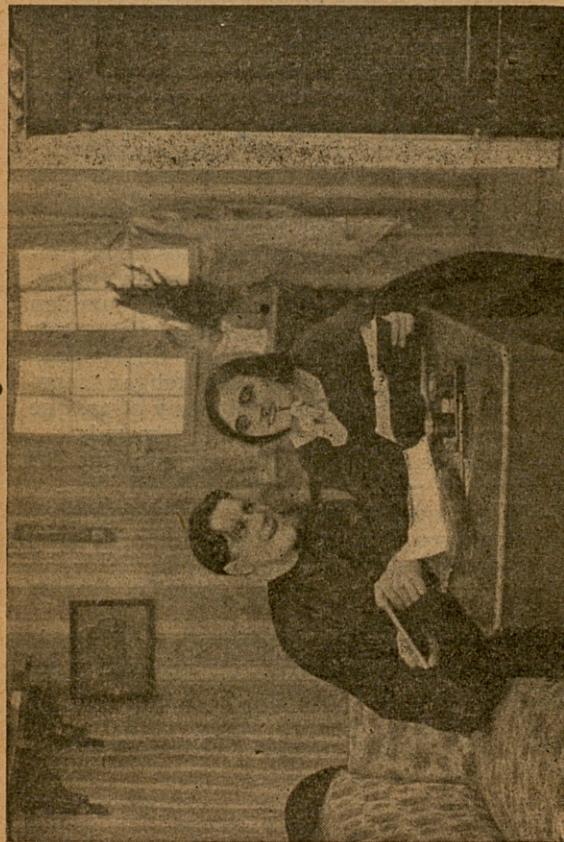
le presten los demás, al oír esta teoría te contestará sencillísimamente: «La idea, en principio, está bien; pero si todas las riquezas se distribuyen por igual entre todos los hombres, es decir, si todos somos igualmente ricos, ¿quién se va a conformar en trabajar, quién cultivará la tierra, quién querrá ser panadero o carnicero o zapatero? ¡Sería el caos, el desorden, la ruina!» ¿Verdad, Vera, que el que así juzgase de las doctrinas de Tolstoi estaría en lo justo, y las destruiría por su propia base?

—Tiene usted razón, maestro. El estado actual de Rusia es un ejemplo vivo de la falsedad de estas doctrinas.

—Hay que decir toda la verdad. Lo que le está pasando a nuestro desdichado país es un justo castigo a la depravación de quienes nos gobernaban. Ellos han fomentado el crecimiento excesivo de las riquezas en manos de los nobles y grandes del imperio: los de arriba han sido las primeras víctimas. Pero también lo han sido los que creyendo llegado el momento de aplicar las doctrinas del comunismo extremado, han expoliado de sus bienes a sus primitivos poseedores dejando el campo sin brazos, las industrias sin capital y los trabajos manuales y las artes liberales sin hombres: Rusia es un campo de hambrientos que se retuercen en los estertores de la desesperación.

—De modo que el soviet no es ninguna solución a la cuestión social.

—Claro que no. Como no lo es la aplicación de las doctrinas de Tolstoi.



— 1 que quieran mejorarlala por el trabajo y por el ahorro dentro de un régimen de paz, de tranquilidad y de respeto.

—Maestro, ¿dónde hallaríamos la resolución de este pavoroso problema que tanto preocupa a los sociólogos del mundo entero?

—Es una pregunta difícil de contestar, Vera.

A mi modo de ver resolveríamos este problema si todos estuviésemos convencidos de que la desigualdad de condiciones en la sociedad es una condición indispensable en la vida como lo es en todos los organismos del mundo. El cuerpo humano es un ejemplo vivo de ello: no tienen tanta importancia los dedos de las manos y de los pies como la cabeza, y sin embargo todos los miembros del cuerpo cumplen una misión. Como la cumplen las piezas, por minúsculas que sean, de un reloj. En la sociedad se necesitan personas que tengan capacidad para dirigir; otras, capitales y otras, que pongan sus brazos y su trabajo personal.

—Entonces, no hay más remedio que los de abajo se conformen con su condición...

—Y que quieran mejorarla por el trabajo y por el ahorro dentro de un régimen de paz, de tranquilidad y de respeto por todas las ideas, como sucede en el pequeño paraíso de Suiza.

—Por eso, maestro, yo quiero por mí propio esfuerzo estudiar la carrera de medicina y ser útil a la sociedad.

Así maestro y alumna pasaban en la intimidad de las ciencias especulativas varias horas del día.

.....
A aquella mañana, Vera estaba dando una medicina a su padre, después de lo cual con-

versaron sobre la obsesión que hacía días absorbía la mente de la joven.

—Padre, acabaron aquellos tiempos en que el saber era un delito; quiero aprender a curar las dolencias que matan a la humanidad.

—¿Para qué quieres aprender, hija mía?... Los años me han enseñado que, a mayor ciencia, mayor dolor.

—Yo creo que la ciencia es parte de la felicidad. Padre, ¿cuando estés curado me dejarás ir a Moscou para estudiar mi carrera?... ¡Es mi mayor ilusión!

—Si ese es tu deseo, irás. Pero no olvides que en Moscou se sufre hambre y que allí se tiene odio a los de nuestra raza. No te vayas hasta que yo muera. La vida tiene un límite, que lo marca Dios... Vera, creo que El ha marcado ya el fin de mi carrera.

—Padre, la medicina está ya terminada; voy a la farmacia para me la vuelvan a hacer.

—Vete, hija mía.

.....
A aquella mañana, como de costumbre, fué Vera a recibir la lección de su profesor. Lo halló triste y pensativo.

—Vera, te tengo que comunicar una mala noticia—le manifestó Basilio Petrovich—; el soviet me ordena que me traslade a Torshok para encargarme de la escuela de dicho pueblo.

—¿Cuándo se marchará usted?

—Dentro de algunos días. Únicamente por ti siento alejarme de este pueblo.

—Más lo siento yo, porque pierdo un buen profesor.

Mientras maestro y alumna estaban en esta

conversación, llegó la vieja María a avisar a Vera de que su padre se hallaba muy mal. La joven corrió a su casa, y tras ella, más tarde, Basilio Petrovich.

El viejo semita Ismael Storki estaba gravísimo. Mientras Vera fué urgentemente a avisar al médico, Ismael llamó al señor Petrovich.

—Amigo Basilio—le dijo el moribundo—, ha llegado mi hora postrera y tengo que comunicar a usted un secreto del que Vera no se debe enterar. En esta bolsa—prosiguió entregándole una de cuero—hallará usted unos papeles acerca del misterio del nacimiento de Vera. Si usted no llega a aclarar este misterio que envuelve su origen, le ruego que ella no se entere nunca de lo que dice este manuscrito.

—Quede tranquilo, Ismael; cumpliré su última voluntad.

Llegó Vera.

—¡Padre!... ¡Ahora viene el médico!

El viejo judío no se movía.

—¡Padre!... ¡Padre!... ¡Oh!... ¡Ha muerto!... ¡Basilio, mi padre ha muerto!

Vera cayó de hinojos con los ojos hechos dos fuentes. Levantó los ojos al cielo y con razón pudo decir: «Padre nuestro, que estás en los Cielos...» Ya no tenía a otro padre que Dios

II

Aquella noche antes de acostarse, Basilio Petrovich sacó del pecho la bolsa de cuero y de ella un cuaderno de notas y una carta con letra de mujer.

Las notas del cuadernillo estaban escritas de puño y letra de Ismael Storki y decían textualmente:

El 23 de enero de 1906, al abrir mi mujer, que la gloria haya, la puerta de la prendería, halló, recostada en la escalera de piedra que da a la calle, a una pobre mujer aterida de frío y muerta de hambre; llevaba en brazos, arrebatada en unos pañales, una preciosa niña de pocos días. Hicimosla entrar. Despues de saciar su hambre canina, y como se hallase muy cansada por la larga caminata que había hecho, manifestó deseos de descansar, y mi esposa le dispuso en un cuarto una cama. Cuando a la mañana siguiente se presentó mi esposa en la habitación, la mujer había desaparecido y sólo quedaba la niñita. A su lado hallamos la carta que aquí va junta y que dice:

«Os agradezco en el alma cuanto habéis hecho por mí y por mi hija, esta hija de mis entrañas, fruto del pecado, cuyo padre la ha abandonado. Yo no puedo resistir a la vergüenza de tener que ir por el mundo con esta

hija mía que quizás moriría de hambre. Os la dejo. ¡Que Dios os premie lo que hagáis por ella!

Maria Padowa.»

La existencia de Vera estaba envuelta en



Después de saciar su hambre canina..

un misterioso velo difícilísimo de descubrir si la Providencia no se encargaba de este misterio.

Cumplidos con el muerto los últimos deberes, Petrovich se dispuso a partir para tomar posesión de su escuela y fué a despedirse de Vera.

—Vera, quizás no nos volvamos a ver nunca más... Como recuerdo mío, quiero que aceptes este libro. Perteneció a mi difunta hermana y por eso tiene para mí el valor de una reliquia. Tú, Vera, serás el relicario que la guardarás.

—Gracias, señor Petrovich; lo guardaré respetuosamente como oro en paño. Yo he pensado ir a Moscou para estudiar la carrera de medicina. Seguramente marcharé dentro de dos o tres días.

—Tú, Vera, no sabes lo que sucede en Moscou. Las pocas noticias que llegan de allí nos aseguran que el hambre, el desorden y la depravación reinan en absoluto. Una mujer hebrea no puede entrar en Moscou sin aceptar la *cartilla infamante*.

—¿Y eso qué es?

—Un documento o pasaporte que entregan a toda mujer de tu raza para que pueda establecerse en cualquier ciudad para ejercer un oficio infame.

—¿Y usted cree esto?... ¿Es que no hay israelitas en el Gobierno soviético?... ¿Acaso no puede una mujer estudiar medicina?... Yo sé que el Gobierno del pueblo respeta y protege a los que quieren instruirse... ¡Iré a Moscou!

Aquel mismo día, Basilio Petrovich partía para Torshok llevando el secreto del origen misterioso de la joven a quien todos conocían por Vera Storki.

Al día siguiente, ésta fué a dar el último adiós al que fué su padre, y depositar un ramo de siemprevivas sobre la fría losa de su tumba, que regó con sus lágrimas.

III

Llegada a Moscou, Vera notó con sorpresa que en aquella gran ciudad, antes tan alegre y bulliciosa, reinaba un silencio de muerte. Sus anchas calles, casi desiertas, parecían las de una inmensa necrópolis: sólo unos soldados paseaban su aburrimiento, con las manos en la espalda, por las anchas aceras y multitud de canes escuálidos husmeaban en las basuras amontonadas en medio del arroyo.

Vera se dirigió a uno de aquellos soldados.

—¿No podría indicarme un hotel barato para poderme albergar?

—Sus papeles?

—No traigo más que el pasaporte firmado por el delegado del soviet de mi pueblo.

—A ver.

Vera sacó de su bolso un certificado que el guardia leyó.

—No tiene usted sus papeles en regla... Además, según veo, es usted judía.

—Sí, hebreo soy.

—Me maravilla como ha podido usted llegar hasta aquí. Para poder ser albergada debe usted pasar por la delegación de la Tcheka.

—¿Dónde está esa delegación?

—Ve usted aquellos dos soldados en aquella puerta?

—Sí.

—Pues allí es la delegación.

Vera se dirigió donde se le había indicado.

Dirigióse a uno de los dos soldados que, medio dormidos, se apoyaban con perezoso abandono en la pared.

—Venía a ver si me arreglan el pasaporte.

El soldado contestó con una grosería que hizo sonrojar a la joven y hasta quiso acariciarla; pero ella rechazó asqueada al soldado y penetró en la delegación. Un triste espectáculo presentóse a su vista. En espacioso vestíbulo bordeado de sencillos bancos de madera adosados a la pared, veíanse unas treinta o cuarenta mujeres, todas jóvenes, sentadas, esperando turno para ser recibidas por el delegado de la Tcheka. Oigamos a Angel Pestaña en su obra *Setenta días en Rusia*:

«No era raro ver a una mujer tocada con una gorrita de lana, casi nueva, una blusa de seda usada y saya de tela grosera con remiendos de otro tejido de diferente color. Veíanse otras con zapatos altos casi nuevos con calcetines en vez de medias. No era raro tampoco ver a una mujer con chaqueta y zapatos de hombre, sin medias ni calcetines.»

También había allí una campesina, que ante la indiferencia de las otras, lloraba... ¡quién sabe qué dolores!

Vera, al ver aquel abigarrado grupo de mujeres que llevaban pintado en su rostro el vicio, el hambre o el dolor, se estremeció.

Un empleado, al ver el aire parado de la joven se le acercó sonriendo diabólicamente y le dijo:

—¿Vienes a buscar la cartilla?... ¡Siéntate aquí! —y la empujó como si fuese un animal destinado al matadero.

Una a una fueron entrando al despacho del delegado aquellas pobres víctimas, casi todas, como Vera, procedentes de otras ciudades o del campo.

Después de larga y mortal espera, tocó el turno a Vera. Temblando entró en el despacho. Un hombre con uniforme raído y cara repulsiva estaba sentado a su mesa-escritorio.

—Señor—manifestó Vera—, vengo de Nieshin... Quiero estudiar medicina... me han dicho que no están en regla mis papeles y vengo a... eso; a que se me arreglen los papeles.

—¿Cómo te llamas?

—Aquí está mi pasaporte.

El delegado pasó su vista por el papel.

—¿Eres judía?

—Sí, señor.

—¿Tú sabes cuál es la única documentación que se da a las mujeres de tu raza para vivir en la ciudad?

—Sí, lo sé; pero estudiando sabré abrirme camino.

—Bueno, vuelve dentro de unos días y tendrás lista tu *cartilla* para que puedas ejercer la única profesión que la Tcheka permite a las jóvenes de tu raza.

—Yo no quiero dedicarme más que al estudio de la medicina.

—Vete y vuelve dentro de unos días.

Al salir Vera del despacho se atravesó con una mujer joven y descocada que entraba a ver al delegado. Este le dijo:

—Sacha, esta pueblerina que ha salido tiene buen tipo para el negocio de tu ama. Segura-

mente no saldrá donde albergarse. Llévala contigo.

Salió precipitadamente Sacha y alcanzó en la calle a Vera, la cual estaba parada en medio de la calle sin saber a donde dirigirse. Sacha se le acercó y con amabilidad aparente le dijo:

—Joven, ¿es usted forastera?

—He llegado ahora a Moscou y no hallo donde alojarme, en todas partes me rechazan.

—Venga usted conmigo; estoy segura que mi patrona la admitirá en su casa.

Agradecida Vera siguió a aquella arpía que la condujo al inmundo garito con apariencia de casa honrada.

La patrona de Sacha, que vivía con el producto de los más asquerosos y repugnantes negocios, es una cuarentona que pudo ser hermosa en su juventud; pero que el vicio ha ajado considerablemente dándole apariencia de mucha más edad. Cuando Vera fué presentada a ella por Sacha, la patrona estaba perezosamente repantigada en una silla, con las piernas cruzadas y chupando un cigarrillo. Sacha la presentó:

—Mi ama, esta chica es una muchacha de pueblo; acaba de llegar y quiero que usted la proteja.

Al pronunciar estas últimas palabras Sacha hizo un guiño significativo.

—Bienvenida, hija mía—dijo la patrona.

—No sé si abuso—manifestó Vera—aceptando su hospitalidad... Sé el hambre que hay aquí y yo he traído poco dinero... Quiero estudiar medicina.

—Aquí, hija mía, podrás estudiar *anatomía*

y la ciencia de la vida... Mira, este es tu cuarto.

Ignoraba Vera que, sin darse cuenta, había caído en un infecto antro de perdición. Convenía, para los fines perversos de Sacha y de su patrona, disimular ante la joven du-



En la Delegación de la Tcheka.

rante los primeros días. Esta había dicho a su pupila:

—Déjala por mi cuenta. Ya caerá.

Cuando Vera quedó sola en la habitación que le habían destinado sacó sus efectos de la maleta y entre ellos el libro que su maestro Basilio Petrovich le había regalado y que había

pertenecido a la hermana de aquél. Dio una ojeada al libro y, entre sus páginas, halló la fe de bautismo de María Petrovich, hermana de su maestro. Una idea cruzó por su mente. Según constaba en aquel documento, María Petrovich había sido bautizada en Nieshin en el año 1906. Era justamente el año en que ella había nacido, y pensó: «Con este documento me presentaré hoy mismo en la Facultad de Medicina para inscribirme como alumna, ya que a los hebreos no se les permite que ejerzan la profesión de la medicina.»

Y, en efecto, aquella misma tarde Vera Storki, con el nombre de María Petrovich, se presentó al Director de la Facultad de Medicina.

El doctor Schucowski, Director de la Facultad de Medicina de Moscou, era un hombre que por su ciencia profundísima y su sabiduría, había sido respetado por los revolucionarios a pesar de su origen burgués.

En su despacho estaba el sabio doctor Schucowski, cuando le anunciaron que una nueva estudiante deseaba hablarle. Hizola entrar.

—Señor Director—manifestó Vera—, he venido de Nieshin, pueblecito de la pequeña Rusia, para estudiar la carrera de medicina, anhelo ser su discípula y ruégole me perdone mi falta de preparación en gracia a mi deseo de aprender.

El doctor Schucowski parecía no oír a la joven; la miraba y luego ponía su vista preocupado, en un retrato que tenía sobre la mesa. Vera, confusa, ya no hablaba. El doctor salió de su ensimismamiento y, como si no hubiese

oído nada de cuanto había dicho Vera, preguntó como distraído:

—¿ Dice usted... ?

Vera repitió palabra por palabra lo que a veces había dicho.

—¡ Bien, bien !... ¿ Usted quiere estudiar medicina ?... Está bien... ¿ Tiene sus papeles en regla ?

Vera le alargó la fe de bautismo hallada en el libro de su maestro. El Director anotó el nombre de María Petrovich en un registro, que más trámite no se necesita en el régimen sovietista, y contestó :

—Mañana puede usted asistir a la clase.

Y desde el día siguiente en la Facultad de Medicina de Moscou había una alumna más : María Petrovich. A quien desde ahora llamaremos así, porque así se hace llamar ella. Y, cosa anodina, aquella joven tan honrada, tan inocente, tan estudiosa, tenía su domicilio en una casa de mala nota. Pero ella no salía de su habitación las pocas horas que quedaba en casa y sólo se preocupaba de sus libros. Las jergas y barullo que durante la noche apercibía en el salón de la casa creía ella que eran diversiones inocentes de las huéspedes de la casa.

Vera, con el nombre de María Petrovich, sentía cada día aumentar su amor al estudio y seguía el curso con un entusiasmo y una aplicación notables. Su compañero de aula, Dimitri Chejov, cobró un gran cariño por ella.

Cierto día, después de la clase, Dimitri le dijo :

—María, esta noche los alumnos de nuestro curso celebramos una fiesta en el campo, to-

dos queremos que no falte usted. ¿ Vendrá ?

—Si van también mis compañeras de clase, iré.

—Sí, sí, vendrán... ¡ Hasta esta noche !

Y aquella noche, al claro de una luna es-



...se arrojó por la ventana.

pléndida, en aquella fiesta de juventud quedó consagrado un amor.

Vera y Dimitri, separándose de sus compañeros, se confesaron los secretos de su alma :

—María, la amo a usted... te amo con toda mi alma.

—Yo también, Dimitri. Sola estoy en el

mundo y ahora me consideraré como la más feliz de las criaturas. Pero...

—¿Pero qué?

—Dimitri, cree en mí; pero hay algo en mi vida que aún no puedes saber.

—Tengo fe en tu cariño, María, tu amor llenará mi alma.

Un beso sonó.

Y en el optimismo de su felicidad, al contemplar la ciudad en sombras, se creían tan fuertes y poderosos, como los que mandaban en el Kremlin, cuya silueta se dibujaba a lo lejos.

Cuando Vera se dirigía a su habitación acompañada por Dimitri, de un baile de los barrios bajos salía a todo correr una mujer herida por una puñalada. Al llegar a la calle, la mujer cayó en medio del arroyo sin conocimiento. Ambos se acercaron. Vera la reconoció. Era Sacha.

—Esta mujer vive en mi posada, Dimitri; pára ese coche que pasa, y yo la acompañaré.

Dimitri paró el coche y entre los dos metieron en el coche a la herida, que Vera acompañó hasta su casa.

Y mientras la vida de Sacha estuvo en peligro, Vera no se separó de su lado más que el tiempo preciso para ir a clase.

Vera, propietaria de un salón de baile, creyó que había llegado el momento de cobrar con usura el dinero que por ella había gastado.

Díjole:

—¿Tú crees que me vas a pagar a mí con lo que aprendas en estos libretos?... ¿O es que crees que te estoy manteniendo para que nunca me des un rublo?... Si no quieres que eche tus libros al fuego, es preciso que cada noche pases un par de horas en mi salón de baile y hagas hacer gasto a los hombres.

Vera no contestó, y de ningún modo quería acceder a los deseos de su ama; pero varias de las pupilas fueron a su cuarto aquella noche, mientras ella se hallaba estudiando, y a viva fuerza, después de vestirla con trajes llamativos, la hicieron ir al salón.

Horrorizóse Vera al ver la depravación que reinaba en aquel ambiente corrompido donde se respiraba lascivia y depravación: allí se reunían, para gastar el dinero, los acaparadores y los privilegiados del nuevo régimen.

Uno de los más asiduos asistentes a aquel salón era un estudiante de derecho llamado

IV

Astanov, que siempre le sobraban algunos rublos para pasar una noche alegre. Astanov, señalando a Vera, pregunta a las mujeres que en su compañía derrochan caricias, palabras soeces y... botellas de champán:

—¿De dónde ha salido aquella morena provincianita?

—No sé—contesta una de las mujerzuelas—, creo que Sacha la pescó en la calle.

—Llamadla.

—No te hará caso. Es muy romántica y tiene un novio formal.

—Pues voy a invitarla a bailar.

Astanov fué hacia donde se hallaba Vera y quiso cogerla por el talle; pero ella pególe una bofetada y se escapó. Astanov juró hallar ocasión de vengarse y pronto la halló.

V

Vera pasó así los diez meses del curso, estudiando mucho, y tanto, que por su aplicación púsose a la cabeza de la clase, y conservando su pureza angelical en medio de aquel ambiente de prostíbulo.

Llegó el fin del curso y con él, el reparto de premios. Reunidos los alumnos de todas las Facultades, el secretario procedió a la lectura de la lista de los alumnos premiados. Vera y Dimitri Chejov estaban juntos. Cuando llegó el turno a la Facultad de Medicina, el secretario leyó: «Se concede el premio de honor a la ciudadana María Petrovich.»

No hay para qué describir la inmensa alegría que se apoderó del alma de Vera. Levantóse emocionada y se adelantó hasta la presidencia en medio de los aplausos atronadores de sus compañeros cuya simpatía se había conquistado. Mientras la joven, emocionadísima, recibía el diploma donde constaban sus méritos y el Director prendía en su pecho la medalla de honor, un joven estudiante de Derecho se acercó a Dimitri Chejov y le dijo:

—Oye, Dimitri, ¿esa joven que ha ganado el premio de honor es tu novia?

—Sí, Astanov.

—Pues abre el ojo porque esa joven es... una *cualquiera*.

—Si no estuviésemos aquí te haría tragas esas palabras a puñetazos.

—¡Vaya, no tenéis malas compañeras en vuestra Facultad! Te repito que esa muchacha es una mujerzuela que pasa todas las noches en el salón de baile de la calle de Livadinoff.

—No te creo—contestó Dimitri riendo.

—Te hablo en serio y estoy seguro de lo que digo. Hoy salgo para la residencia de mi padre; pero dentro de una semana podré demostrarte la certeza de lo que te he dicho.

Vera recogió de manos del Director el premio que le había de dar fuerzas para proseguir en su áspero camino.

Pasó una semana. Sacha fué al cuarto de Vera que se hallaba estudiando.

—Hoy vamos a celebrar mi restablecimiento y tú, mi buena enfermera, no puedes faltar a la fiesta.

Vera tenía miedo de dejar su cuartito por aquellos salones en los que los hombres tenían mirar de bestias en celo. Pero todas las pupilas la forzaron a asistir al banquete con que Sacha las obsequiaba en un reservado cercano al salón.

Precisamente era la noche en que de vuelta Astanov, Dimitri fué con él a aquella casa. Sentados estaban ambos, cuando un compañero les dijo:



—*Esta mujer a quien acabo de operar es mi hija.*

—En el saloncito hay unas mujeres que se están dando el gran banquete... Para ellas no existe la tasa de la alimentación, ni el hambre del pueblo.

Llevantáronse ambos estudiantes y desde la puerta del reservado pudieron ver, entre aquellas pecadoras, a la novia de Dimitri. Este sintió su corazón traspasado de indecible dolor al ver a su amada presidiendo la cena de aquellas horizontales. Quiso lanzarse hacia ella; pero Astanov le cogió por el brazo, aconsejándole:

—No; créeme...; no vale la pena de que te pierdas por una...

Y aquí puso un nombre denigrante.

Dimitri volvió a la sala pensando: «¡Aquella mujer era la que él creía pura!... ¡La que creyó santa!...» Y Dimitri sintió deseos de escupirla a la cara.

Dos campesinos asistentes al salón de baile pidieron la compañía de una mujer, y el amo obligó a Vera a hacerles compañía. Con gran timidez y recato se sentó la joven con ellos.

—¡Ven acá!... Tú eres del campo, como nosotros... ¡ven y nos gastaremos contigo el dinero que nos dan a ganar estos tontos de la ciudad!

Llenáronle una copa de vino espumoso y le arrojaron en el seno puñados de monedas de oro.

Vera sintió un asco infinito y una repugnancia tan grande a aquellas caricias y a aquel dinero que, no pudiendo aguantar más, echó a correr. Dimitri la siguió. Cuando la alcanzó

fuerza de la sala, sentada a una mesa con el dinero que le quemaba las manos, llamóla:

—¡Marfa!

—¡Oh!... ¿Tú?

—¿Y eres tú la que admite dinero de los hombres?... ¡Vendes tus caricias!... ¡Comprendo porque jamás permitiste que te acompañara a tu casa!... ¡Vuelve, vuelve a la sala!... ¡A tu oficio!

—¡Dimitri, por mi madre, por lo que más quieras te juro que soy honrada, como pudo serlo tu madre!... ¡Créeme por nuestro amor, por la felicidad que juntos soñamos tantas veces!... ¡Créeme!

—¡No hables de amor!... ¡No hables de madre en esta casa en que todas deshonráis a la vuestras!

—¡Dimitri!... ¡Dimitri!... ¡Te amo!

El joven hizo un gesto de desprecio y abandonó a aquella mujer buena, aquella perla lanzada en el estercolero.

VI

A la mañana siguiente Dimitri Chejov fué a confiar su pena al doctor Schucowski. El Director tenía para sus alumnos consejos de padre, palabras que eran bálsamo para las heridas del corazón.

—María Petrovich, mi amada, es una mujer perdida.

—¿Alguna calumnia, quizás? Hay pocas mujeres malas, los malos somos los hombres que deseamos lo que ellas no deben darnos, y las despreciamos luego. Dimitri, serénate, no juzgues ofuscado... Averigua. No olvides que toda mujer puere ser una madre que es la mayor dignidad de una mujer. Si tú hubieras ido a aquella casa para divertirte, hubieras deseado que todas fueran unas perdidas; pero quieres que ella sea una santa... ¡y mi corazón me dice que lo es! Dimitri, te habla un hombre que, como tú, fué joven y guarda abierto en su corazón la herida de una historia de amor.

Basilio Petrovich, que había leído en el

Pradva el triunfo en la Facultad de Medicina de su difunta hermana, no vaciló un momento para averiguar aquel misterio y, para ello, se trasladó a Moscou.

Se presentó al Director de la Facultad.

—Quisiera saber detalles de la estudiante que ha ganado el premio extraordinario, que dice llamarse María Petrovich.

Y como viera un retrato firmado encima de la mesa, exclamó leyendo la firma:

—¡María Padova!

—¡Esa es la mujer que amé!

—Creo comprenderlo todo, doctor. Esa María Petrovich, su alumna, es mi antigua discípula Vera; ella ha usado la documentación de mi hermana para ocultar su origen judío; pero tengo que deciros que no es judía. Esta mujer del retrato, Marfa Padova, es la madre de Vera.

—¡¿Cómo?!

Basilio leyó al doctor los documentos que le entregara el viejo Ismael Storki y quedó convencido de que Vera era su hija.

.....
Despreciada por su novio, aquella noche Vera, en un momento de desesperación, se arrojó por la ventana de su cuarto a la calle.

Fué llevada moribunda a la clínica en donde se dispuso una operación quirúrgica.

Se avisó al doctor Schucowski, quien se presentó en la sala de operaciones sin saber a quien debía operar. Como Vera tenía la cara tapada, pues estaba ya anestesiada, el doctor

dió principio a la intervención quirúrgica. El médico que tomaba el pulso a la operada dijo:

—Esta mujer se muere.

El doctor Schucowski dió orden de que se la destapara la cara, y al ver a su propia hija, estuvo a punto de desmayarse; pero cobrando fuerzas de flaqueza pudo terminar la operación y salvarla.

—Acabo de pasar los momentos más terribles de mi vida—dijo el doctor Schucowski a sus compañeros—. Esta mujer a quien acabo de operar es mi hija.

Y Dimitri, que había huído para ocultar su dolor, volvió al saber la tragedia de su amada.

Al ver a su novio al lado de su cabecera, Vera preguntó:

—Dimitri, ¿crees en mí?

—Eres una santa, María; una mártir.

Y en las horas amables de la convalecencia en casa del doctor Schucowski, enterada ya por Basilio Petrovich del secreto de su vida, prometieron oficialmente Vera y Dimitri. Y aquellos dos corazones rebosaron de felicidad en medio de la tragedia que hacía agonizar al pueblo ruso.

FIN

Coleccione usted

BIBLIOTECA FILMS

(Título de la supremacia)

Aparece todos los martes en toda España

25 céntimos

FILMS DE AMOR

El ideal de los aficionados

La más selecta y económica de las publicaciones de los MÁS GRANDES FILMS

50 céntimos

CELEBRIDADES DE VARIETÉS

Nueva y sugestiva colección donde aparecen las «estrellas» y «ases» del teatro de

VARIETÉS

Ramper

Mercedes Serós

Elvira de Amaya

30 céntimos